

muchas piezas poéticas, que fueron universalmente aplaudidas. En el siglo XVI eran célebres, aun entre los españoles, los sesenta himnos que compuso en loor del Criador del cielo. Dos de aquellas odas ó canciones, traducidas al castellano por su descendiente D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, se han conservado hasta nuestros tiempos.¹ Una de ellas fué compuesta poco despues de la ruina de Azcapozalco. Su argumento, semejante al de la otra de que ya hemos hecho mencion, era una lamentacion de la inestabilidad de las grandezas humanas en la persona del tirano, el cual, á guisa de un árbol grande y robusto, habia extendido sus raíces y ensanchado sus ramas, hasta dar sombra á todo el territorio del imperio; pero al fin, seco y podrido, cayó al suelo sin esperanza de recobrar el antiguo verdor.

Pero en nada se deleitaba tanto Nezahualcoyotl como en el estudio de la naturaleza. Adquirió muchos conocimientos astronómicos, con la frecuente observacion que hacia del curso de los astros. Aplicóse tambien al conocimiento de las plantas y de los animales; y por no poder tener en su corte los que eran propios de otros climas, mandó pintar en su palacio, al vivo, los que nacia en la tierra de Anáhuac. De estas pinturas habla el Dr. Hernandez, que las vió é hizo uso de ellas; y por cierto que son más útiles y más dignas de la mansion de un rey, que las que representan la perversa mitología de los griegos. Investigaba atentamente la causa de los fenómenos naturales, y esta continua observacion le hizo conocer la vanidad de la idolatría. Decia privadamente á sus hijos, que cuando adorasen con señales exteriores los idolos, para conformarse con los usos del pueblo, detestasen en su interior aquel culto despreciable, dirigido á seres inanimados; que él no conocia otra divinidad, sino el Criador del cielo, y que no prohibia en sus reinos la idolatría, como deseaba, porque no lo acusasen de contradecir la doctrina de sus mayores. Prohibió los sacrificios de víctimas humanas; pero viendo despues cuán difícil es apartar á los pueblos de las antiguas ideas en materia de religion, volvió á permitirlos, prohibiendo sin embargo otro sacrificio que el de prisioneros de guerra. Fabricó en honor del Criador del cielo, una alta torre de nueve pisos. El último era oscuro; su bóveda estaba pintada de azul y adornada con cornisas de oro. Residían en ella hombres encargados de tocar, en ciertas horas del día, unas hojas de finísimo metal, á cuyo aviso se arrodillaba el rey para hacer oracion al Criador del cielo, y en su honor ayunaba una vez al año.²

Su esclarecido ingenio y el amor que tenia á sus súbditos, contribuyeron en gran manera á ilustrar aquella corte, la cual se consideró despues como la patria de las artes y el centro de la civilizacion. Tezcoco era la ciudad donde se hablaba con mayor pureza y perfeccion la lengua mexicana, donde se hallaban los mejores artifices, y donde más abundaban los poetas, los oradores y los historiadores.³ De allí tomaron muchas leyes los Mexicanos y otros pueblos; de modo que puede decirse que Tezcoco fué la Atenas y Nezahualcoyotl el Solon de Anáhuac.

En su última enfermedad, habiendo convocado en torno de sí á todos sus hijos, declaró por heredero y sucesor á la corona de Acolhuacan, á Nezahual-

¹ Estas dos odas se hallaban entre las preciosidades de Bóturini. Bien quisiera yo tenerlas para publicarlas en esta Historia.

² Estas anécdotas han sido tomadas de los preciosos MS de D. Fernando de Alba, el cual, como cuarto nieto de aquel rey, pudo saber auténticamente muchas particularidades de boca de sus padres y abuelos.

³ En la lista que daremos al fin de este tomo de los historiadores de aquel reino, se verá que algunos de ellos fueron de la familia real de Tezcoco.

pilli; el cual, aunque más jóven que los otros, les fué preferido, tanto por haber nacido de la reina Matlalcihuatzin, como por su notoria rectitud y superior ingenio. Encargó á su primogénito Acapipiltzin, que ayudase al nuevo rey con sus consejos, hasta que aprendiese el arte difícil de gobernar. A Nezahualpilli recomendó encarecidamente el amor de sus hermanos, la proteccion de sus súbditos, y el celo por la justicia. En fin, para evitar todo alboroto que pudiera ocasionar la noticia de su muerte, mandó que se ocultase del modo posible al pueblo, hasta que Nezahualpilli estuviese seguro en la pacífica posesion de la corona. Los príncipes recibieron con lágrimas los últimos consejos de su padre; y saliendo á la sala de audiencia, donde la nobleza los aguardaba, fué Nezahualpilli aclamado rey de Acolhuacan, habiendo ántes declarado su hermano mayor ser aquella la voluntad de su padre, el cual, debiendo hacer un gran viaje, queria ántes nombrarse un sucesor. Todos prestaron obediencia al nuevo soberano, y en la mañana siguiente murió Nezahualcoyotl, á los cuarenta y cuatro años de reinado, y á cerca de los ochenta de edad. Sus hijos ocultaron su muerte, probablemente quemando en secreto su cadáver; y en vez de exequias fúnebres, celebraron juegos y regocijos extraordinarios, para solemnizar la coronacion del nuevo rey. Sin embargo, no tardó en saberse la verdad en despecho de sus precauciones, y vinieron á la corte muchos magnates á darles el pésame; pero el vulgo creyó siempre que aquel grande hombre habia sido trasferido á la mansion de los dioses, en premio de sus virtudes.

CONQUISTA DE TLATELOLCO Y MUERTE DEL REY MOQUIHUIX.

Poco tiempo despues de la exaltacion de Nezahualpilli, ocurrió la memorable guerra de los Mexicanos con sus vecinos y rivales los Tlatelolcos. Su rey Moquiuhix, no pudiendo sobrellevar la gloria del de México, empleaba cuantos medios estaban á su alcance para oscurecerla. Estaba casado, como ya hemos visto, con una hermana de Axayacatl, habiéndosela dado Moteuczoma en premio de la famosa victoria que ganó á los Cotasteses. En esta desgraciada señora desfogaba comunmente su rabia contra el cuñado; y no satisfecho con aquellas demostraciones de odio, procuró aliarse con otros pueblos que llevaban con impaciencia el yugo mexicano. Tales fueron Chalco, Xilotepec, Toltitlan; Tenayuca, Mexicaltzinco, Huitzilopochco, Xochimilco, Cuitlahuac y Miscuic; los cuales convinieron en atacar por retaguardia á sus enemigos, despues que hubiesen empezado la accion los Tlatelolcos. Los Cuauhpanqueses, los Huexotzingos y los Matlatzincas, cuyos auxilios habian tambien implorado, debían incorporar sus tropas á las de los Tlatelolcos, para la defensa de la ciudad. Supo la reina estas negociaciones, y ya por odio á su marido, ya por amor á su hermano y á su patria, avisó de todo al rey Axayacatl, á fin de que evitase un golpe que amenazaba la destruccion de su trono.

Moquiuhix, seguro de la ayuda de los confederados, convocó á los nobles de su corte para estimularlos á la empresa. Alzó la voz en la asamblea un sacerdote viejo, llamado Poyahuitl, y en nombre de todos, se ofreció á pelear denodadamente contra los enemigos de la patria. En seguida hizo un sacrificio, y dió á beber al rey y á todos los caudillos, agua teñida con sangre humana; con lo que sintieron, segun decian, aumentarse su valor, y yo no dudo que sentirian nuevos ímpetus de odio y de crueldad. La reina, entre tanto, no pudiendo ya sufrir el mal trato que recibia, y atemorizada de los peligros de la guerra, dejó

á su marido, y pasó á México con sus cuatro hijos, á ponerse bajo la protección de su hermano. La proximidad de las dos cortes pudo facilitar esta fuga. Tan extraordinaria novedad exasperó de tal modo el aborrecimiento de los dos pueblos, que donde quiera que se encontraban sus individuos, se maltrataban de palabras, venían á las manos, y peleaban hasta morir.

Acercándose ya la época de empezar la guerra, hizo Moquihuix, con sus capitanes y muchos de los confederados, un solemne sacrificio en el monte más próximo á la ciudad, para granjearse la protección de los dioses, y allí se determinó el día en que debían hacerse las primeras hostilidades. De allí á poco pasó aviso á los confederados, á fin de que estuviesen apercibidos á socorrerlo, cuando empezase el ataque. Xiloman, señor de Colhuacan, quería acometer desde luego á los Mexicanos, y disimulando despues una retirada, empeñarlos en ella, para que los Tlatelolcos los atacasen por retaguardia. El día siguiente al de aquella embajada, hizo Moquihuix la ceremonia de armar á sus tropas: pasó despues al templo de Huitzilopochtli, para invocar su auxilio: bebieron todos otra vez de aquella nefanda pocion que les habia dado el sacerdote en el primer congreso, y todos los soldados pasaron uno á uno delante del ídolo, haciéndole cada cual una profunda reverencia. Terminada apénas aquella ceremonia, entró en la plaza del mercado una partida de Mexicanos, matando á cuantos encontraban; pero sobreviniendo de pronto las tropas de Tlatelolco, los arrojaron, haciendo algunos prisioneros, los cuales fueron inmediatamente sacrificados en un templo llamado *Thillan*. Aquel mismo día, al ponerse el sol, tuvieron algunas mujeres Tlatelolcas el arrojo de entrar en las calles de México, insultando á los habitantes, diciéndoles injurias y amenazándolos con su próxima ruina; pero ellos las trataron con el desprecio que merecian.

Los Tlatelolcos tomaron las armas aquella noche, y al romper el día siguiente, empezaron á atacar á los Mexicanos. En lo más encendido de la refriega, llegó Xiloman con sus tropas; pero viendo que el rey de Tlatelolco habia entrado en acción sin aguardarlo, ni hacer caso de sus consejos, se retiró indignado; mas queriendo hacer algun daño á los Mexicanos, hizo cerrar los canales por los que podrian recibir socorros de barcos: tentativa que le salió frustrada, pues Axayacatl los hizo reparar prontamente. Todo aquel día se combatió con indecible ardor por una y otra parte, hasta que la noche obligó á los Tlatelolcos á retirarse. Los Mexicanos quemaron las casas próximas á Tlatelolco, porque quizás les estorbaban para pelear; mas al ponerles fuego, veinte de ellos fueron hechos prisioneros y sacrificados al punto.

Axayacatl pasó la noche distribuyendo su gente en los caminos que conducian á Tlatelolco, y al despuntar la aurora se pusieron en marcha hácia la plaza del mercado, que era el punto de su reunion. Los enemigos, viéndose cercados por todas partes, se iban retirando hácia aquella gran plaza, para congregar sus fuerzas y poder resistir con mejor éxito; pero al llegar á ella se encontraron aun más embarazados por el excesivo número de gente que se habia amontonado en su recinto. No bastaban ya las voces con que Moquihuix procuraba alentar á los suyos desde lo alto del gran templo. Sus súbditos caían muertos ó heridos y desfogaban en improperios su rabia contra el rey. "Cobarde, le decian, baja y toma las armas: que no es de hombres de pro estar mirando tranquilamente á los que pelean y pierden la vida en defensa de la patria." Mas estos lamentos, arrancados por el dolor de las heridas, ó por las agonías de la

muerte, eran injustos; pues Moquihuix no faltaba á sus obligaciones de general y rey, procurando no exponer tanto su vida, como los soldados la suya, para serles más útil con el consejo y con la voz. Entre tanto, los Mexicanos llegaron á la escalera del templo, y subiendo por ella, dieron con Moquihuix, que animaba á su gente y se defendía como un desesperado; pero un capitan Mexicano, llamado *Quetzalhua*, lo arrojó de un golpe por la escalera abajo, y unos soldados, cogiendo en brazos el cadáver, lo presentaron á Axayacatl, el cual, abriéndole el pecho, le arrancó el corazón: acción horrible, pero á lo que ellos estaban acostumbrados en sus sacrificios.¹ Así acabó el valiente Moquihuix, y con él la pequeña monarquía de los Tlatelolcos, gobernada por cuatro reyes en el espacio de cerca de ciento diez y ocho años. Los Tlatelolcos, viendo muerto á su monarca, se desordenaron y procuraron salvar la vida con la fuga, pasando por medio de sus enemigos; pero quedaron muertos en la plaza cuatrocientos sesenta, y entre ellos algunos oficiales de alto grado. Despues de aquella conquista, se unió perfectamente la ciudad de Tlatelolco á la de México, ó por mejor decir, no se consideró como una ciudad distinta, sino como parte ó arrabal de ella, como sucede en la actualidad. El rey de México puso allí un gobernador, y los Tlatelolcos, además del tributo que le pagaban en granos, ropas, armas y armaduras, estaban obligados á reedificar el templo de Huitz-nahuac, siempre que fuese necesario.

No sabemos si los Cuauhpanqueses, los Huexotzingos y los Matlatzincas, que se habían confederado con los Tlatelolcos, se hallaron en efecto en aquella guerra. De los otros aliados, dicen los historiadores, que habiendo llegado al socorro de los Tlatelolcos cuando ya era muerto Moquihuix, se retiraron sin tomar parte en la lucha. Cuando Axayacatl se vió desembarazado de enemigos, mandó dar muerte á Poyahuitl y á Ehecatzitzimitl, que eran los que más habian excitado á sus compatriotas contra los Mexicanos. La misma suerte tuvieron poco tiempo despues los caudillos de Xochimilco, de Cuitlahuac, de Colhuacan, de Huitzilopochco y otros, por haber tomado parte en la guerra.

NUEVAS CONQUISTAS Y MUERTE DE AXAYACATL.

Para vengarse despues de los Matlatzincas, nacion numerosa y fuerte, establecida en el valle de Toluca y aún no sometida á los Mexicanos, les declaró la guerra, y saliendo de México con los reyes aliados, tomó de paso los pueblos de Atlapolco y Xalatlahuco: despues conquistó en el mismo valle á Toluca, Tenanco, Metepec, Tzinacantepec, Calimaya y otros lugares de la parte meridional, quedando desde entónces la nacion, tributaria de la corona de México. Pasado algun tiempo, volvió á la misma provincia, para ocupar la parte septentrional del valle, llamado en el día *valle de Ixtlahuacan*, y principalmente Xiquipilco, ciudad y Estado considerable de los Otomites, cuyo señor, Tlilcuezpalin, era famoso por su valor. Axayacatl, que aún se jactaba del suyo, quiso pelear cuerpo á cuerpo con él en la batalla que presentó á los Xiquipilqueses; pero el éxito le fué funesto, pues habiendo recibido una gran herida en un muslo, sobreviniendo dos capitanes otomites, lo arrojaron al suelo y lo hu-

¹ El intérprete de la *Coleccion* de Mendoza, dice que, habiendo Moquihuix perdido la batalla, se acogió á lo alto del templo y desde allí se precipitó, por no poder sufrir los improperios de un sacerdote; pero la relacion de los otros historiadores me parece más conforme al carácter del rey.

bieran hecho cautivo, á no haberse presentado unos jóvenes mexicanos, que viendo á su rey en tan gran peligro, combatieron en su defensa, salvándole la libertad y la vida. A pesar de esta desgracia, los Mexicanos consiguieron una completa victoria, é hicieron, segun dicen sus cronistas, once mil sesenta prisioneros, entre ellos al mismo Tlilcuezpalin y á los dos capitanes que habian atacado al rey. Con este glorioso triunfo, agregó Axayacatl á su corona los Estados de Xiquipilco, Xocotitlan, Atlacomolco y todos los demás que no poseia ántes en aquel ameno valle.

Cuando sanó Axayacatl de su herida, aunque siempre quedó estropeado de la pierna, dió un gran banquete á los reyes aliados y á los magnates de México, durante el cual mandó dar muerte á Tlilcuezpalin y á los ya mencionados capitanes otomites. No parecia á aquellas gentes importuna esta ejecucion en las delicias de un convite, porque acostumbrados á derramar sangre humana, el horror que ésta debe inspirar, se habia convertido en deleite. ¡Tan grande es la fuerza de la costumbre y tan fácil al hombre familiarizarse con los objetos más espantosos!

En los últimos años de su reinado, pareciéndole demasiado estrechos por la parte de Occidente los límites de su imperio, salió de nuevo á campaña por el valle de Toluca, y pasando los montes, se apoderó de Tochpan y de Tlaximaloyan, quedando desde entónces en aquel punto fijada la frontera del rio Michuacan. Volviendo desde allí hácia Oriente, se hizo dueño de Ocuilla y de Malacatepec. La muerte interrumpió el curso de sus victorias en el décimo año de su reinado, y en el 1477 de la éra vulgar. Fué hombre belicoso y severo en el castigo de las trasgresiones de las leyes promulgadas por sus abuelos. Dejó de muchas mujeres un gran número de hijos y entre ellos el célebre Moteuczoma II, de quien en breve hablaremos.

TIZOC, SETIMO REY DE MEXICO.

Por muerte de Axayacatl, fué elegido Tizoc, su hermano mayor, el cual habia servido el empleo de general de los ejércitos.¹ No sabemos los pormenores de la primera expedicion que hizo con el fin de tener prisioneros para sacrificarlos en la solemnidad de su coronacion. Su reinado fué breve y oscuro. Sin embargo, en la pintura décima de la *Coleccion* de Mendoza, se representan catorce ciudades conquistadas por aquel monarca, entre las cuales se cuentan Toluca y Tecaxic, que se habian rebelado á su corona; Chillan y Yancuitlan, en el país de los Mixtecas; Tlapan y Tamapachco. Torquemada hace mencion de una victoria ganada por él á Tlacotepec.

GUERRA ENTRE LOS TEZCOCANOS Y LOS HUEXOTZINGOS.

En el tiempo de este rey ocurrió la guerra entre los Tezcocanos y Huexotzingos. Su origen fué la ambicion de los príncipes, hermanos del rey Nezahualpilli, los cuales, aunque se mostraron satisfechos al principio de la exaltacion de su hermano menor, habiéndose enfriado despues la memoria de su difunto pa-

¹ El P. Acosta dice que Tizoc era hijo de Moteuczoma I, y el intérprete de la *Coleccion* de Mendoza lo hace hijo de Axayacatl; uno y otro se engañan. Tambien se engaña el P. Acosta en el orden de los reyes, colocando á Tizoc ántes de Axayacatl.

dre y no pudiendo ya sufrir la autoridad del que ellos creian su inferior, tramaron contra él una conjuracion secreta. Para la ejecucion de sus perversos designios, convidaron desde luego á los Chalqueses, que siempre estaban prontos á semejantes atentados; pero frustrados los medios con que contaban, solicitaron con el mismo fin á los Huexotzingos. Nezahualpilli, informado de aquellos planes, aprestó sin tardanza un buen ejército y marchó contra ellos. El general de los enemigos habia indagado las señas del rey, para dirigir contra él sus ataques, y aun habia prometido grandes premios al que se lo presentase muerto ó vivo. No faltó quien informase de todo esto al rey, el cual, ántes de entrar en la accion, cambió de ropas y de insignias con uno de sus capitanes. Este desgraciado oficial fué muy en breve rodeado de la muchedumbre enemiga y muerto á sus manos. Mientras saciaban en él su furor, Nezahualpilli acometió por retaguardia al general de los Huexotzingos y lo mató, no sin gran peligro de ser víctima de los soldados que acudieron al socorro de su jefe. Los Tezcocanos, que estaban en el mismo error que los Huexotzingos, por no haber tenido noticia del cambio de la ropa, se desanimaron cuando creyeron ver muerto al rey; pero ya desengañados, cobraron nuevos bríos, corrieron á su defensa, y despues de haber derrotado á sus enemigos, saquearon la ciudad de Huexotzinco, y, cargados de despojos, volvieron á Tezcoco. Nada dicen los historiadores del fin que tuvieron los príncipes, autores de la conjuracion: puede creerse que murieron en la batalla ó que evitaron con la fuga el castigo que merecian. Nezahualpilli, que poco ántes habia mandado edificar un hermoso palacio para dejar un monumento durable de su victoria, hizo construir un muro que encerraba tanto espacio de tierra, cuanto ocupaban los Huexotzingos, que acudieron á socorrer á su general, y dió á este edificio el nombre del día en que ganó su triunfo. Así procuraban immortalizar sus nombres, los que, en sentir de algunos, no se curaban del porvenir.

BODAS DEL REY NEZAHUALPILLI CON DOS SEÑORAS MEXICANAS.

Tenia á la sazón Nezahualpilli muchas mujeres, todas de ilustre prosapia; pero ninguna tenia el título de reina, reservando aquel honor á la que pensaba tomar de la familia real de México. Pidióla al rey Tizoc y éste le dió una sobrina suya, hija de Tzotzocatzin. Celebráronse las bodas en Tezcoco, con gran concurso de la nobleza de ambas naciones. Tenia esta señora una hermana de singular belleza, llamada Xocotzin, y amábanse tanto las dos, que no pudiendo separarse, la reina obtuvo de su padre el permiso de llevar á su hermana consigo á Tezcoco. Con la frecuente vista y el trato diario, se enamoró el rey de tal modo de su cuñada, que determinó casarse con ella y exaltarla tambien á la dignidad de reina. Estas segundas bodas fueron, segun dicen los autores, las más solemnes y magnificas que se vieron jamás en aquel país. Poco tiempo despues tuvo el rey, de la primera reina, un hijo llamado *Cacamatzin*, que fué su sucesor á la corona, y hecho prisionero por los españoles, murió desgraciadamente. De la otra tuvo á *Huexotzincatzin*,¹ de quien despues hablaremos; á Coanacotzin, que fué tambien rey de Acolhuacan y poco tiempo despues de la conquista murió ahorcado por orden de Hernan Cortés; y á Ixtlil-

¹ Dióse á aquel príncipe el nombre de Huexotzincatl, en memoria de la victoria ganada á los Huexotzincos.

xochitl, que se confederó con los españoles contra los Mexicanos, y convertido al cristianismo, tomó el nombre y apellido de aquel conquistador.

MUERTE TRAGICA DEL REY TIZOC.

Mientras Nezahualpilli procuraba multiplicar su descendencia y vivir tranquilamente en sus Estados, maquinaban la muerte del rey de México algunos de sus feudatarios. Techotlalla, señor de Iztapalapan, ó resentido por algun agravio que de él habia recibido, ó no queriendo permanecer más tiempo bajo su yugo, concibió el perverso designio de atentar contra su vida, y no quiso descubrirlo sino á quienes le parecieron capaces de ponerlo en ejecucion. Él y Maxtlaton, señor de Tlachco, se pusieron de acuerdo sobre el modo de llevar al cabo un atentado tan peligroso. Los historiadores no convienen en este punto. Los unos dicen que se valieron de ciertas hechiceras, cuyas artes le quitaron la vida; mas esto me parece una fábula popular. Los otros aseguran que hallaron modo de darle veneno. Sea como fuere, lo cierto es que lograron su intento. Murió Tizoc en el quinto año de su reinado y el 1482 de la éra vulgar. Era hombre circunspecto, grave y severo, como sus antecesores y sucesores, en el castigo de los delincuentes. Como en su tiempo eran ya tan grandes el poder y la opulencia de aquella corona, proyectó erigir al dios protector de la nacion un templo, que en dimensiones y magnificencia superase á todos los de aquel país, y con este fin habia preparado inmensidad de materiales y aun empezado la obra, cuando vino la muerte á trastornar sus designios.

AHUITZOTL, OCTAVO REY DE MEXICO.

Conociendo los Mexicanos que no habia sido natural la muerte de su monarca, determinaron vengarla ántes de proceder á nueva eleccion. Sus indagaciones fueron tan activas, que en breve descubrieron á los autores del atentado, los cuales fueron castigados con el último suplicio en la plaza mayor de México, en presencia de los reyes aliados y de la nobleza mexicana y tezcocana. Congregados despues los electores, nombraron á Ahuitzotl, general de los ejércitos y hermano de los dos reyes precedentes. Desde los tiempos del rey Quimalpopoca se habia introducido la costumbre de no dar la corona sino al que hubiese ejercido aquella dignidad, creyendo oportuno que diese muestras de su valor el que debía ser jefe de una nacion guerrera, y aprendiese en el mando de las tropas el arte de regir á los pueblos.

DEDICACION DEL TEMPLO MAYOR DE MEXICO.

El primer cuidado del nuevo rey fué la conclusion de la obra del magnífico templo diseñado y comenzado por su antecesor. Continuaron con la mayor actividad los trabajos, y habiéndose empleado en ellos un número increíble de operarios, se concluyó en el término de cuatro años. Entretanto, salió el rey muchas veces á la guerra, y todos los prisioneros que caían en manos de sus tropas, se reservaban para la fiesta de la dedicacion. Las guerras de aquellos cuatro años fueron dirigidas contra los Mazahuas, que habian sacudido el yugo

de Tacuba, contra los Zapotecas y contra otros muchos pueblos. Terminado el edificio, convidó el rey, para la ceremonia, á sus dos aliados y á toda la nobleza de ambos pueblos. El concurso fué el más numeroso que hasta entónces se habia visto en México,¹ pues acudieron gentes de los países más remotos. La fiesta duró cuatro días y en ellos se sacrificaron, en el atrio mayor del templo, todos los prisioneros hechos en los cuatro años anteriores. No están de acuerdo los autores acerca del número de las víctimas. Torquemada dice que fueron setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro: otros afirman que fueron sesenta y cuatro mil sesenta. Para hacer con mayor aparato tan horrible matanza, se dispusieron aquellos infelices en dos filas, cada una de milla y media de largo, que empezaban en las calles de Tacuba y de Iztapalapan, y venian á terminar en el mismo templo,² en donde se les daba muerte á medida que iban llegando. Acabada la fiesta, hizo regalos el rey á todos los convidados, lo que debió ocasionar un gasto inmenso. Sucedió todo esto el año de 1486.

El mismo año, Mozauhqui, señor de Xalatlahco, á imitacion de su rey, á quien era muy aficionado, dedicó otro gran templo que habia edificado poco ántes, y sacrificó tambien un gran número de prisioneros. ¡Tales eran los estragos que hacia la bárbara y cruel supersticion de aquellos pueblos!

El año de 1487 solo fué memorable por un gran terremoto y por la muerte de Quimalpopoca, rey de Tacuba, á quien sucedió Totoquiuhatzin II.

CONQUISTAS DEL REY AHUITZOTL.

Ahuitzotl, cuyo génio belicoso no le permitia entregarse á las dulzuras de la paz, salió de nuevo á campaña contra los habitantes de Cozcacuauhtenanco, y obtuvo una completa victoria; pero por haberle hecho gran resistencia, se mostró con ellos demasiado severo y cruel. Despues sometió á los de Cuapiltlan: en seguida pasó á pelear contra Quetzalcuitlapillan, provincia grande y poblada de gente guerrera;³ y, finalmente, contra Cuauhtla, lugar situado en la costa del seno mexicano, en cuya campaña se señaló Moteuczoma, hijo de Axayacatl y sucesor de Ahuitzotl en el reino. De allí á poco, los Mexicanos, unidos con los Tezcocanos, se dirigieron contra los Huexotzingos, y en esta guerra se distinguieron, por su valor, Tezcatzin, hermano del mismo Moteuczoma, y Tliltototl, noble mexicano, que despues llegó á ser general del ejército. No hallamos en los historiadores las causas ni las circunstancias de estas guerras. Terminada la expedicion contra Huexotzinco, celebró Ahuitzotl la dedicacion de un nuevo templo, llamado *Tlacateco*, en la cual fueron sacrificados los prisioneros hechos en las guerras anteriores; pero el incendio de otro templo llamado Tliltlan, turbó la alegría que ocasionó aquella solemnidad.

Así vivió aquel monarca en continuas guerras hasta el año de 1496, en que

¹ Algunos autores aseguran que el número de personas que concurrieron á aquella funcion, llegó á seis millones. Quizás será esta una exageracion; mas no me lo parece, atendida la vasta poblacion de aquellos países, la grandeza y novedad de la fiesta y la facilidad con que pasaba la gente de unos puntos á otros, caminando á pié y sin el embarazo del equipaje.

² Betancourt dice que la fila de prisioneros dispuesta en el camino de Iztapalapan, empezaba en el sitio que hoy se llama *la Candelaria Malcuitlapilco*, nombre que significa cola ó extremidad de prisioneros. Es conjetura verosímil y no veo que pueda explicarse de otro modo aquella apelacion.

³ Torquemada dice que habiendo Ahuitzotl emprendido muchas veces la conquista de Quetzalcuitlapillan, no pudo conseguirla; mas esta provincia se halla entre las sometidas por aquel monarca en la pintura 9.^a de la *Coleccion* de Mendoza.